

Extracto de novela: La fuga de los pájaros.

Felipe Quilini



Image not found.

Capítulo 1

El bar, desde el acceso principal, parecía quedado en el tiempo, pero no en cualquier tiempo, sino en el de Alejandro Magno y de Mahatma Gandhi, tiempos que desembocaban en la conjunción de la desolación, del hundimiento y del despojo: muros oscuros, mobiliario precario como el de las escuelas públicas del tercer mundo y la inexistencia de luz, la triste ausencia de ventanales o tragaluces. En el interior, no obstante, el ambiente era tranquilo y los asistentes parecían pasarlo bien. Entonces Marco me miró y simultáneamente enarcó sus cejas y se encogió de hombros, como sólo ocurre en las películas americanas de los ochentas y dijo que en el bar, dentro de lo que cabía, se podía estar a gusto.

—Sentémonos—le dije.

Marco escrutó el ambiente y luego señaló con el índice derecho un rincón que lucía más oscuro que el resto del bar. Avanzamos hasta una mesa e inmediatamente uno de los meseros que deambulaba por allí se nos acercó para tomarnos la orden.

—Un whisky—le dijo Marco mirándolo fijamente a los ojos—, con dos hielos y un poco de limón.

El muchacho asintió y tomó nota en una pequeña libreta.

—Una cerveza—dije yo.

El mesero se me quedó viendo con una expresión de locura, como si no hubiese visto mi rostro sino su reflejo en un espejo negro, y tras de eso dijo que la cerveza se había acabado. Marco me miró y se sonrió, sin decir una sola palabra.

—Entonces voy a tomar lo mismo que mi amigo.

El mesero volvió a anotar algo en su libretita y se marchó dando largas zancadas. En uno de los rincones del bar, a escasos metros del acceso principal, descansaba un Wurlitzer antiquísimo de color blanco. La panorámica desde nuestra mesa dejaba ver a casi la totalidad del público, en su mayoría extranjeros y oficinistas locales que bebían y charlaban de temas imposibles de adivinar. Tras un breve instante el mesero volvió con nuestra orden. Al contemplarlo de frente noté que su camisa lucía una mácula de tinta azul en el bolsillo y parte del puño derecho, lo que me llevó a colegir que su bolígrafo se había reventado hacía poco. Sobre la mesa los vasos junto a un pequeño cenicero y los bocadillos que invitaba la casa. Le di un trago a mi whisky: sentí que me apagaban un cigarrillo bajo la lengua. Me quedé viendo a Marco esperando una reacción similar a

la mía tras el primer trago, pero éste ni se inmutó y continuó bebiendo.

—Esta porquería es alcohol puro, Santis, estás mal de la cabeza si te gusta.

—No sabés nada, chileno. ¿Cómo te va a dar asco un Chivas Regal de doce años, boludo?

—¿Me estás hablando en serio?

—Primero quema como el diablo, luego te acostumbrás—dijo Marco encendiendo un cigarrillo—. Siempre pasa lo mismo con los tragos fuertes, chileno, no te desanimés.

Estuvimos charlando largo rato sobre lo que acontecía en las calles de Benarés, de las festividades que los indios, disfrazados de monos aulladores, disfrutaban con total desmesura; luego de las maravillosas noches diamantinas de El Vendrell que parecían eternizarse entre la luna y las nubes; luego de las primaveras en Valparaíso que atravesaban la miseria y la nostalgia de su casco histórico como un Super Étendard a toda velocidad; luego del dinero que habíamos conseguido haciendo fotografías en la desconocida Uttar Pradesh (tres mil o cuatro mil euros, eso ya lo olvidé), y luego de la aparente serenidad que circulaba dentro del bar como un mosquito microscópico, el mismo bar que repentinamente comenzó a repletarse al tiempo que el bullicio en el exterior se triplicó de un bofetón, como si se tratase de una bomba de racimo dando en varios blancos a la vez. Y Marco dijo ¿qué pasa allí afuera, chileno? Y yo me quedé en silencio mientras estiraba el cuello tratando de mirar, con la curiosidad de un adolescente, hacia la calle por el acceso principal donde no hallé nada fuera de lo común, hasta que logré reconocer unas siluetas que se movían acompasadamente, de un lado a otro, como polillas buscando un haz de luz en el interior del bar que se iba haciendo cada vez más pequeño.

—Los ingleses, Marquito—le dije al cordobés, que al notar la presencia de los isleños bebió su whisky de un tirón.

—Los bastardos de la reina Isabel—me dijo sonriendo como una comadreja.

El más pequeño de todos, el de Glasgow, nos reconoció en el acto y tras advertir a sus compañeros caminaron juntos hasta nuestra mesa. Nos saludaron de manos, uno a uno, y también nos dijeron sus nombres que olvidé nada más oírlos, salvo el del escocés, Lean Campbell, que vestía de traje, como si minutos antes hubiese asistido a un matrimonio o alguna ceremonia familiar. Uno de los ingleses, el más fornido, tomó una de las mesas y la puso junto a la nuestra. Todos, sin excepción, lucían eufóricos y sus rostros parecían estar sumergidos en la vehemencia y la catarsis.

Debe ser cocaína, pensé. Quizá sólo sea alcohol, o cocaína y alcohol juntos, pensé. Mala cosa. Mala mezcla. Donde hay cocaína y alcohol nunca ocurre nada bueno. Los ingleses ordenaron una ronda de whiskys para todos. Yo todavía no me acababa el mío, así que les dije que no se molestaran, que para la siguiente ronda me animaría, pero el escocés, con su rostro moreno empapado de sudor, dijo que al buen whisky nunca se le dice que no. Lo dijo con una convicción aterradora. Por un momento me quedé pensando en ello, luego dije: claro, ¿por qué no? Marco se sonrió y tras ello, en español, me dijo: dejá que te inviten estos pelotudos, chileno. Asentí con la cabeza, en silencio, adivinando si alguno de los ingleses dominaba nuestra lengua, pero ninguno sabía y en realidad poco importaba. Participé del brindis que uno de los ingleses ofició. El mesero con los whiskys, la oscuridad del bar, la algarabía desde el exterior. Charlamos. Nos enteramos por boca de uno de los ingleses que en Benarés se llevaba a cabo una celebración llamada Aarti, y que conmemoraba el nacimiento del Ganges, que fluía, según los indios, desde el cielo hasta la tierra. Otro de los ingleses dijo que durante las festividades todo estaba «legalmente permitido en la ciudad». Sus compañeros rieron al unísono, a mí me pareció una tontería. Ahora todo tiene más sentido, masculló Marco agitando el whisky en el interior de su vaso. Luego los ingleses, al tanto de nuestras nacionalidades, hablaron largo rato de lo maravillosa que era la Patagonia. También tuvieron elogios para Tierra del Fuego, Puerto Natales y las Islas Picton, Nueva y Lennox que alguna vez los ejércitos de Chile y Argentina estuvieron a punto de disputarse.

—Los Campos Elíseos—dijo Marco.

—Los putos franceses no opinan lo mismo—dijo uno de los ingleses apuntando a Marco con la misma mano que sostenía su whisky.

—A mí los franceses me importan una mierda—dijo Marco tras una pitada a su cigarrillo—. Hablo de los campos griegos, los mitológicos, y que están al sur de América.

—Eso no tiene sentido—dijo el escocés.

—Lo tiene—dije yo.

Los ingleses se nos quedaron viendo en silencio, displicentes, hasta que uno de ellos dijo sin peleas, muchachos, sin peleas y alzó su vaso hasta más arriba de su cabeza bebiéndose de un tirón todo el contenido. Al cabo de unos minutos uno de los ingleses, a los tumbos, se fue directo a los baños. El fornido se levantó de su silla y caminó hasta el Wurlitzer con actitud absolutista, no hacia nosotros sino con el resto de personas que pululaba por el bar; programó una canción de David Bowie, tal vez *Starman* o *Modern love* o *Space Oddity* y que para el caso es lo mismo, y se quedó en el lugar charlando con una chica que parecía española o de

algún sitio del mediterráneo. Nos quedamos a solas junto al escocés y uno de sus compañeros que ya iba por su cuarto whisky consecutivo y que gozaba de una lucidez insólita. El cordobés se veía impecable y a esas alturas de la noche el sabor del destilado ya no me quemaba la garganta. Charlábamos los cuatro cuando de golpe, como si se tratase de fantasmas, un grupo de chicas cruzó el dintel del acceso principal y se adentró captando las miradas de un par de borrachos apostados sobre la barra. Con la rutina de sobra ensayada, se dispersaron por las mesas ofreciendo pequeños suvenires de la India. Calculé, al ojo, que ninguna debía tener más de quince años. Y en eso me encontraba yo, hasta que de pronto, como si hubiese recibido un golpe de corriente, reconocí el rostro de la niña que días atrás había visto en el IP Vijaya. Entonces me quedé viéndola fijamente hasta que su mirada se cruzó con la mía, ojos que ella reconoció como si fuesen los suyos y que la hicieron deslizarse hasta mí. Su sonrisa, tal y como la recordaba, seguía sobre el pedestal del encanto, un pedestal frágil y esbelto y cuya cima inalcanzable se dejaba ver entre las nubes y los rayos del sol.

—¿Me recuerdas?

—Te recuerdo.

—Es tarde, no deberías estar en este lugar.

—Consigo dinero.

—Así veo—dije mientras miraba a Marco que se sonreía frente a la niña.

—¿Y quién te mandó aquí?

La niña se me quedó viendo, luego a Marco, luego al escocés y finalmente al otro inglés; hizo silencio por unos segundos mirando algo por detrás de mi espalda.

—Dame unas rupias, por favor.

La miré, o ambos nos miramos a la vez, y le dije que las niñas lindas sonreían todo el tiempo, y la pequeña dibujó una sonrisa como si fuese en cámara lenta, una sonrisa somnífica cuyo despliegue parecía alcanzar enteramente su rostro, y entonces yo también sonreí. Tanteé los bolsillos de mi chaqueta y los de mi pantalón buscando mi billetera que no aparecía. El inglés, que tiempo atrás se regocijaba en compañía del Wurlitzer y de la chica desconocida ahora estaba con nosotros, de pie, junto a la niña a quien miró por debajo de su hombro izquierdo con inocultable cara de incordio. Marco se le quedó viendo a los ojos. Miré al escocés que se encogió de hombros, el otro coqueteaba con unas turistas mesas más atrás. Entonces el inglés del Wurlitzer dijo esta es mi puta, sujetando por los pechos a la niña que se quedó en silencio sin oponer

resistencia. Durante un súper segundo busqué el rostro de Marco, que ya no estaba sentado sino de pie. Piratas de mierda, bramó mientras lanzaba un puñetazo certero sobre el rostro del escocés que no tuvo tiempo de desprenderse de su silla. La niña buscó seguridad bajo una de las mesas vecinas. Tomé por sorpresa al inglés del Wurlitzer y le descerrajé un puñetazo que inmediatamente me devolvió con su derecha. A mi costado el escocés había apagado las luces. Un problema menos. Marco, metros más allá, se liaba a los puños con el otro inglés, moviéndose con la guardia en alto. Entonces pensé, cubriéndome de los puñetazos que lanzaba mi rival, que Santis peleaba a la manera del Toro de las Pampas, es decir al estilo de los fajadores que se intercambian golpes a diestra y siniestra. Recibí un mazazo en el estómago, un rodillazo, quizá. Volví a pensar en la pelea del cordobés, esta vez encarnando las maneras de Carlos Monzón, una mezcla exquisita de estilista y pegador. Un golpe en la frente, otro en mi hombro izquierdo. Levanté la mirada y vi al inglés totalmente fuera de sí; lo tomé por la solapa de su chaqueta y le di un cabezazo en la nariz, luego un puñetazo en las costillas y otro en el rostro. El escocés trató de incorporarse, pero Marquito lo volvió a tumbar, esta vez de una patada. Algo de vidrio me golpeó la cabeza. Tambaleé, toqué mi cabeza: nada de sangre. Oí a Marco gritar: hay que matar a estos putos, chileno, hay que matarlos a todos. Me fui encima de mi rival lanzándolo contra una de las mesas y le conecté un puñetazo de lleno en el mentón. El inglés se fue a negro. Miré a Marco, tenía sangre en la boca y su cortaviento estaba rasgado. Yo sangraba de la nariz, pero no sentía dolor. Busqué a la niña; estaba bajo una de las vigas centrales del bar, contra la pared. Ni un rasguño. Sonreí. Caminé hasta ella.

—Hay que irnos—le dije.

Asintió con la cabeza y con un hilito de voz dijo algo que no oí. Sentí el brazo de Marco sobre mi cuello.

—Se acabó, chileno—me dijo casi a los gritos—, hay que salir volando.

Miré los alrededores. Todo era un desastre.